

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

RESULTADO DE MI ENTREVISTA

CON EL SR. PALOMINO.

Ya tienen nuestros lectores noticia de la cuestion que he sustentado largo tiempo con el *Porvenir*, sobre el movimiento continuo, que el señor don Manuel Palomino asegura haber encontrado. Este señor sin duda con el deseo de que tuviera término nuestra polémica, y confiado en la seguridad de su invento, tuvo á bien invitarme el día 27 de diciembre, por medio de aquel ilustrado periódico, á que pasase á Sevilla, donde *me daría todas las esplicaciones que apeteciera en el asunto de que nos ocupábamos*. Faltó á la *Tertulia* el número del *Porvenir* donde venia estampada la carta del señor Palomino, así como suelen faltar otros muchos, y por consiguiente no pude acudir á la cita que se me daba. Algo mas tarde llegó esta invitacion á mi conocimiento por alguno de los periódicos de la corte, y al punto hice mis preparativos de viage. Un día antes de partir recibí anónimos, en los que se me hablaba del grande peligro que corria mi existencia, si acudia á la citacion, y tambien leí en el *Porvenir* del día 12 un remitido del señor Palomino, en el cual me hablaba de ofensas recibidas y de satisfacciones, precisamente en el momento en que se habia anunciado mi ida á Sevilla en los diarios de aquella ciudad. Esto lejos de arredrarme, me animó á emprender mi viage y acudir á la cita. Tuve el gusto de conocer al señor Palomino, quien á pesar de recibir, casualmente en el momento que yo estaba en la fábrica, un oficio de la junta de accionistas, en el cual se le prevenia que de manera alguna me fuese revelado el secreto por ser

propiedad de ellos, no tuvo reparo en mostrarme los diseños de su máquina, así como alguna de las piezas ya fundidas; aun cuando esto, lejos de ser un secreto, fué hecho en presencia de algunos accionistas, y de mis apreciables é ilustrados amigos don Francisco Tirado y don José Sanz Perez, que tuvieron la bondad de acompañarme. Los reparos y objeciones que hice al señor Palomino fueron tambien algo públicos; no tuvo, pues, nuestra entrevista el carácter de reservada que era de pensar; sin embargo, á fin de que no se crea que faltó á mi palabra de caballero, no revelaré ninguna de las reflexiones que hice ni las esplicaciones que se sirvió darme el señor Palomino, y únicamente como cumple á mi deber, á mi conciencia y á mi corto entender, declararé que tengo nuevos y mas poderosos motivos para continuar insistiendo en mi opinion de que no ha sido descubierto el movimiento continuo, y que con nuevo fundamento repito ahora lo que dije há tiempo en mi primer artículo sobre dicho asunto, *que en nada importaba á mi propósito la máquina que se hubiese inventado, por mas ingeniosa que fuera, porque el movimiento es resultado de una causa llamada fuerza, y para que el uno lo sea, se requiere que lo sea tambien la otra*. Esto en nada quita el mérito del trabajo del señor Palomino, quien ha dado señaladas pruebas de gran laboriosidad, pero sensible es no haya conseguido su objeto. Podrá ahora decirse con Argensola: —*¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!*

Este señor, sin embargo, con el natural cariño que siempre tenemos á nuestras concepciones, como el que un padre profesa á su hijo, se figura todavía que ha de obtener el resultado que apetece, aun cuando no pue-

de menos de confesar que ello contraría las leyes de la naturaleza y de la mecánica. Pero yo que pienso que los hechos están siempre conformes con las leyes naturales y con la ciencia, no aguardo ver el milagro que otros esperan. Me se ha preguntado por algunas personas interesadas en el asunto; si en el caso de no haber encontrado el movimiento continuo el señor Palomino, podría ser sin embargo de gran utilidad y aplicación el mecanismo ideado por dicho señor; y como esta contestación puede ser de gran importancia para la junta de accionistas, juzgo de mi deber decir con la franqueza que me es propia, que el resultado de esta máquina dependerá, como el de otro cualquier medio de transmitir la fuerza, del poder del motor que se emplee para el efecto, y como en el día entre los conocidos es el más poderoso el vapor, pienso que los medios de transmisión de que se sirve la mecánica cuando se hace uso de este motor, son preferibles á otro cualesquiera.

Antes de concluir debo hacer presente á mi estimable colega el *Porvenir*, con quien he debatido la cuestión del movimiento continuo, que no habiendo hasta ahora llegado á mis manos los últimos números de dicho periódico, y sobre todo el del día 27 de diciembre, me privé de ver que en sus estudiadas palabras daba muestras de abrigar una duda que debió haber manifestado desde el principio, y que deja muy bien conocer que es otra pluma más hábil y prudente la que ahora redacta el periódico y toca esta cuestión. La ligereza que mostró al principio el redactor disculpanla los pocos años; porque es sabido que las personas muy jóvenes se alucinan fácilmente, y se dejan llevar de sus primeras impresiones y del amor á todo lo grande y maravilloso.

JOAQUIN RIQUELME.

Otro dentista anunciador.

Y va de dentistas. Otro que en materia de anuncios no le va en zaga á don Jacinto Borbany, ha publicado uno sumamente gra-

cioso en los periódicos de Sevilla; del cual no queremos defraudar á los amables lectores de la *La Tertulia*. Dice pues así, trasladado bien y fielmente:

«*El famoso dentista que trabajó en la plaza de San Francisco á caballo, estrayendo dientes, muelas y raigones sin la menor molestia del paciente, habiendo trabajado tambien en todos los pueblos de Andalucía, tiene el honor de anunciar á este respetable público que vende un hermoso loro; perfectamente enseñado. Podrá verse en la plaza de San Marcos, número 11, desde las 12 á las 5 de la tarde todos los días. Tambien se arrienda media casa baja*»

Varias cosas hay que admirar en este anuncio. 1.^o Un dentista que trabaja á caballo, ni más ni menos que si hubiera aprendido su ejercicio en el circo olímpico de Mr. Paul. 2.^o Que los dientes, muelas y raigones, sacados á caballo, no causan la menor molestia al paciente. Vean ustedes por donde el éter y el cloroformo han tropezado con un nuevo rival para quitar el sentido. No sabemos hasta ahora que los caballos tenían tales virtudes. 3.^o Que un dentista tan insigne, que tanta fama ha adquirido en Sevilla por sacar dientes á caballo, que con tanta reputación y crédito ha trabajado en sus ejercicios dentísticos-ecuestres en todos los pueblos de la fértil Andalucía, *vende un hermoso loro perfectamente enseñado. Como en el presente anuncio solo se habla del mérito del dentista, y como no se sabe á qué está enseñado el loro, es muy creíble que este amable pájaro tenga tambien la virtud de sacar maravillosamente las muelas. Que animales de esta especie eran muy á propósito para sacar los ojos y alguno que otro pedazo de carne de los dedos lo sabemos, y en esta última cosa, alguna vez experimentamos con grave dolor nuestro, las fuerzas hercúleas que se encierran en los picos de los loros. Es por tanto muy probable que aplicadas estas á la extracción de las muelas y los dientes hagan las veces del gatillo del dentista.*

Tambien arrienda media casa baja el sudicho. Esto hace creer que la que tiene es harto grande para él y su caballo.

Dámonos, pues, el parabien de los nuevos adelantamientos que va haciendo el linaje hu-

mano en el felicísimo siglo diez y nueve. Ya el arte de sacar muelas y dientes está aplicado á la equitacion, y ya los loros hacen las veces de dentistas. Sea para bien de los deserrados hijos de Eva, en este valle de lágrimas y de locuras que por nuestros muchos pecados habitamos!

MODAS.

Deseosos de tener al corriente en materia de modas á las amables suscriptoras de *La Tertulia*, reproducimos de un periódico literario de la corte el siguiente artículo:

«*Los trajes de calle* ó de paseo se componen de un magnífico vestido de terciopelo griego, color verde esmeralda, hechura de *redingotte*, guarnecida la falda por delante con una franja ancha de terciopelo rizado, de idéntico matiz, y que sube en disminucion hasta el talle. El terciopelo exige muy pocos adornos y guarniciones, y por esta razon el talle de este traje va ligeramente plegado, cerrado hasta la garganta y con las mangas ajustadas.—Tanto los puños como el escote del cuello, dejan ver unos magníficos encajes bordados en *aplicacion*.—A este lujoso vestido acompaña una preciosa manteleta de terciopelo negro, bastante larga, de modo que solamente deje ver el vestido como unas tres cuartas;—á la manteleta se sobrepone una paletina del género ya indicado, que cubre perfectamente el talle, no pasando mas adelante:—los extremos de esta doble manteleta forman un ancho feston, y están guarnecidos con fleco de seda de una cuarta de ancho, y todo al rededor del feston franjas de trencilla, formando un caprichoso bordado.—Regularmente no llevan mangas, y si unas aberturas en los costados para introducir los brazos, tambien guarnecidas de trencillas, pero sin flecos.—El sombrero, que forma una parte principal de este traje, es de felpa gris, con sencillos adornos de cinta de raso de colores fuertes en la parte interior.—Se sujeta con una cinta ancha de dos colores, formando un lazo,

cuyas puntas, como de media vara, ondean sobre el pecho.—La parte exterior se adorna con una pluma rizada, tambien de color gris, bastante larga para que cubra toda la copa del sombrero y caiga naturalmente por los costados.—Unos guantes blancos, sujetos con tres botones, completan el traje de calle que acabamos de bosquejar.

El traje de teatro ó de sociedad, es de raso azul Prusia, hechura de peto, cerrado enteramente hasta el cuello, y de mangas ajustadas;—desde los hombros hasta el talle lleva tres franjas estrechas de terciopelo negro, que bajan en disminucion;—las mangas deberán estar adornadas hácia los puños con dos franjas tambien de terciopelo, y la falda guarnecida todo al rededor con bastante sencillez de doce franjas estrechas de lo mismo, colocadas de dos en dos á la distancia de una cuarta.—Este traje requiere para la cabeza un adorno de primorosas blondas, rodeadas con una cinta estrecha de terciopelo azul, y dos largas caidas flotantes que descansan un poco mas abajo del hombro.

Para *negligé* ó traje de mañana, indicaremos un vestido de *moiré*, color oscuro, el talle bajo, bastante plegado, la falda unida y lisa, cerrado hasta la garganta, desde cuyo punto baja una carrera de botones de acero cincelado, hasta el extremo de la falda.—Las mangas son anchas y están guarnecidas en los hombros y los puños de un galon de terciopelo, de color mas subido que el del vestido:—este mismo adorno se coloca á los lados de la carrera de botones, y del mismo modo que estos baja hasta el extremo de la falda. Este vestido exige, por su sencillez, un camisolín y unos puños lisos de muselina, con una puntilla de encaje sumamente estrecha. Además, una manteleta perfectamente algodónada, sin ninguna clase de adorno, de casimir negro, y una graciosa capota da raso, color de violeta, fruncida, con la guarnicion interior de varios cojidos de encaje, y la parte exterior sin ninguna clase de adorno; las cintas con que se sujeta son de color de rosa seca.

Por último, diremos, para concluir, que este año las pieles no son de moda por haberse hecho demasiado vulgares; y por consecuencia, los manguitos y las paletinas son de mal gusto, y nuestras primeras elegan-

tes han abandonado aquellos adornos, que el año pasado estaban admitidos.»

BAILE ENCANTADO EN MURCIA.

PROGRESOS DE LA LOCURA EN EL LINAGE HUMANO.

*El juicio hemos de perder,
Si hay alguno que perdamos.*

Como una muestra de los adelantos que va haciendo la locura entre nosotros, nos envía un amigo nuestro, residente en Murcia, el anuncio de un baile de máscaras. Ya la charlatanería, tan comun en escritos de esta especie, ha cedido el campo á las frases maravillosas, y á los periodos llenos de pensamientos extravagantes que traen por los cabellos al *Adem* de Mahoma y á las *huris*, á los ángeles y á las hadas, á las estrellas y á los montes, al mar y á las florestas.

Comienza el anuncio del baile de máscaras en estos términos terminantes:

«Baile de máscaras en el salon del Almudí.—Bajo el agradable sonido de esta palabra, presentamos enlazados dos pensamientos, á cual más bello, á cual más digno.

«Al través del prisma mágico de esta idea, tan simpática para la juventud, aparece la hada de los placeres, la diosa de los festines, coronada por los amores, prendida con hechicero abandono la voluptuosa túnica del deleite, que viene á sujetar el ceñidor de las Gracias, y en cada ondulacion de su perfumado ropaje, en cada vuelta del maravilloso ceñidor, guarda dulcísimos secretos, apasionados suspiros, misterios de arrebatadora felicidad, ensueños de emociones, de luz y de armonía.»

Dinos, endiablado autor de tal anuncio, ¿qué has querido decir al pintar *detrás de una idea á la diosa de los festines*, señora á quien no conocemos, y á quien nadie conoce ni aun para no servirla? Qué significa aquello de que se presenta á nuestros ojos *vestida con la túnica del deleite y apretada con el ceñidor de*

las Gracias, señoras conocidas por los que han saludado de paso las necedades de la mitología? A qué viene decir que en cada movimiento de su vestido, y en cada vuelta de su ceñidor hay *secretos*, hay *suspiros* (suspiros en un vestido, malos suspiros deben ser) *misterios de felicidad* (misterios que sin duda se podrán averiguar con el tiempo) *ensueños de emociones, de luz y de armonía*, (no sabemos que detrás de un vestido puedan salir luces, y sobre todo sonidos llenos de dulcísima armonía).

Prosigue el curioso anuncio del baile murciano:

«Modesto como las vírgenes hebreas, pálido, pero hermoso como las rosas blancas, tendida la una mano en ademán de súplica, y sujetando con la otra el corazón, abrasado en el más sublime de los sentimientos, el ángel de la caridad muestra su perfil de melancólica dulzura.

«La diosa de los placeres se sonríe; el ángel de la caridad humedete sus párpados con una lágrima de consuelo.

«La diosa agita el ramillete de sus predilectas flores, y renuévase el festín, suspendido por un momento. El ángel vuela presuroso á derramar el consuelo sobre los seres más desvalidos de la sociedad.»

Al leer estas extravagantes pinturas, no podemos hacer otra cosa que reirnos de todo corazón, y repetir que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso. Este axioma se ha hecho ya una vulgaridad: hartó lo sabemos. Pero la verdad siempre es la misma, por más que se repita. Tiene á lo menos el privilegio de no gastarse con el curso de los siglos.

La locura que tan rápidos progresos va haciendo en el linaje humano, como demuestra el presente anuncio del baile de máscaras que se ha celebrado en Murcia, presidido por la diosa de los festines, por las hadas y por los ángeles, es una joya de tal valor y de tan grandes quilates, que por más que se use, no se gasta. A los que la tienen se les puede decir, lo que á un mercader escribió un célebre poeta:—

Fabió, con mano no escasa,
pon tu mujer en la tienda;
que aunque mil veces se venda,
siempre se te queda en casa.

POESÍAS.

Tenemos una especial complacencia en trasladar á las columnas de nuestro periódico la siguiente canción, obra de nuestro apreciable amigo el jóven poeta don Eduardo Asquerino. Creemos que será leída con agrado por nuestros favorecedores.

A unos ojos.

Ojos que el alma arrebatan
y que mi desdicha quieren,
pues con tal rigor me tratan
que si me miran, me hieren,
y si no miran, me matan.

Que el árabe con enojos
al humillar su altivez,
parece te dió en despojos
lo rasgado de sus ojos,
lo moreno de su tez.

Y no han de faltar rivales
que digan con alma ardiente
que esos ojos divinales,
siendo de ventura fuente,
la fuente son de sus males.

Creció mi pena importuna
á la par de mis enojos:
grata es la luz de la luna,
muy dulce, pero ninguna
como la luz de tus ojos.

Pero ¡ay! tus encantos bellos
la causa son de mis males;
que siendo distintos ellos,
tormentos causan iguales
ojos, sonrisa y cabellos.

Tanto encienden mi pasión
que ya digo lo que siento

con llanto del corazón;
porque las lágrimas son
las voces del sentimiento.

Ojos que el alma arrebatan
y que mi desdicha quieren,
pues con tal rigor me tratan
que si me miran, me hieren,
y si no miran, me matan.

E. A.

LA AMAZONA.

Romance morisco. (1)

La que Persia vió en sus montes,
émula un tiempo de Cintia,
perseguir hombres y fieras,
de los hombres perseguida,

Desdeñando ya la caza
por las bélicas fatigas,
trocó en generoso acero
la sangrienta javalina.

Llevóla el turco á la guerra
contra la Santa Conquista,
para amparo de su gente,
para horror de la enemiga.

Ambiciosa, pues, de gloria,
los peligros solicita:
perdona á la turba infame
por flaca, ó por fugitiva.

Solo anhela sangre noble:
cuanta en vano defendida
vierte, si el honor lo calla,
el rojo campo lo diga.

Sigue apriesa victoriosa
á un español, gran ruina
de paganos, cuyos hechos
envidiosamente admira.

(1) Está sacado de uno culto de Góngora.

A un duro golpe ligero
vuelve el jóven, que imagina
fuego la espada que siente
en las centellas que brillan.

Menos con ímpetu horrible
preñada nube graniza,
que él lanza furiosos golpes
al yelmo de su enemiga.

Muelles rompe, y descubiertas
las bellezas escondidas,
depone al punto la espada
y en el corazon la ira.

Y dice, dando á la tierra
la celada y la rodilla:
*no te defendí mi sangre;
mi alma sí, desde hoy cautiva.*

Dulce ella responde, y deja
la que el jóven prevenia,
relacion de su linaje,
historia de sus desdichas,

para otro tiempo oportuno
que dichoso la permita;
porque las sombras descienden
y las cajas se retiran.

G.

Desastroso acontecimiento entre burros y borrachos.

Cuando el hombre pierde la razon, atropella por todo: hasta por los burros. Esta verdad se encuentra confirmada por el lamentable suceso acaecido en Sevilla entre unos jumentos, animales que con perdon así se llaman; y otros con apariencias de hombres, aunque convertidos en cubas andantes. Un periódico sevillano refiere el lance en estos términos:

«El Sábado por la noche, al pasar por calle Tintores unos tragneros con cargas de peros, acometieron varios hombres ebrios al parecer, á los burros en que iban las cargas,

y comenzaron á darles puñetazos. A las súplicas de los dueños dejaron á los burros y siguieron su camino; mas á poco rato uno de los animales (no los ébrios, los burros) cayó al suelo y derramó un arroyo de sangre, por una honda puñalada que habia recibido. Dejamos á la consideracion del público la afliccion del infeliz que se veia arruinado por no tener (segun decia) otro caudal ni otro medio de subsistencia que el que la perversidad de un infame acababa de arrebatarse. No es nuestro intento escribir una elegia á la muerte del jumento; pero nos indigna sobrentanera la maldad de ciertos hombres, que por solo el placer de hacer daño, no reparan en los resultados que pueden sobrevenir, como ha sucedido en el caso presente.»

Las lágrimas se agolpan á nuestras mejillas al leer en estas líneas historia tan lamentable. ¡Qué tiempos tan infelices alcanzamos! El hombre, ser privilegiado por la naturaleza, ya desdeña por la voluntad del dios Baco, padre de las vides, su dignidad y su poder, y desciende hasta el extremo de luchar mano á mano con los burros; y á que el acero ó las coces diriman la contienda.

¡Cuánto pudiéramos disertar sobre los males que traen al mundo, y sobre todo á los pollinos, el abuso de las bebidas espirituosas! En vano un escritor afamado quiso comparar á un borracho con dos grandes hombres, diciendo estas palabras, que la gente sesuda no pudo menos de calificar de *blasfemia histórica*.

Las bodegas en buscallas,
haciendo mil maravillas,
fué un *Colom* en descubrillas
y un *Cortés* en conquistallas.

Todo cuanto pudieran escribir en loor del vino el tierno Anacreonte, si viviera, y el célebre Háfiz, poeta persa, dado tambien á cantar las delicias del Dios Baco, no obstante el Coram de Mahoma, todo en fin quedaria destruido en vista del caso presente, en que un burro ha perdido en la flor su dulce vida á las manos de un borracho, armadas indebidamente con un hieiro fratricida.

DICHOS DE AUTORES CELEBRES.

Diodoro de Sicilia afirmaba que las mugeres golosas carecen de toda clase de sentimientos para el amor; pero Séneca en este punto opina de muy distinto modo. Arquímedes, que en materias amorosas era un hombre veterano, decía que de los golosos y golosas no había que esperar fé ninguna en los amores; porque acostumbraban ver unos lindos ojos y una buena cara como confites mas ó menos gratos al paladar.

Euclides decía que no había animal de semblante mas grave que el jumento, y que por eso los hombres muy necios y presuntuosos se asemejaban á él en aparentar con una vana esterioridad la filosofía que no moraba dentro de sus corazones. Por lo que se vé, Euclides era tambien hombre muy docto en el conocimiento de los pollinos.

Aristóteles daba por seguro que las muchachas muy vivas, maliciosas y satíricas, nunca abrigaban en sus pechos el delicado sentimiento del amor; porque todos sus afectos se reflejaban en sus almas como una ave que pasa volando sobre un rio. Las aguas retratan rápidamente su imágen y al punto la desvanecen.

Diógenes Laercio añade que la pasión del amor en las muchachas vivas y satíricas nunca puede ser otra cosa que un juego mas ó menos prolongado, segun les cause mayor ó menor entretenimiento. Esto se prueba tambien con la doctrina de Epicuro y Plinio cuan-

do afirman que las mugeres vivarachas y satíricas no tienen corazon, y si lo tienen, es destituido de todo linage de afectos.

Dionisio, tirano de Siracusa, solia decir que no podía existir en el mundo mayor tiranía que la que labraban en el alma las dulces miradas de unos bellos ojos. Dionisio de Siracusa tenia razon, y *La Tertulia* se adhiere en un todo á su dictámen.

TEATRO PRINCIPAL.

Hemos tenido el gusto de asistir á las dos representaciones de la *Maria de Padilla*, una de las partituras mas lindas de Donizetti. Como era de esperar, agradaron sobremano al público, tanto la música como la ejecución, que fué bastante esmerada. El señor Berger nos dió á conocer en esta ópera, que es sin duda alguna en la que mejor ha cantado, cuánto valen sus facultades, y de cuánto es capaz, quien no careciendo de ellas, procura complacer al público. En el aria primera del segundo acto estuvo felicísimo, y arancó justos y repetidos aplausos. No lo estuvo menos en el duo de tenor y baritono del mismo acto. Pero en el tercero fué donde alcanzó sus mayores triunfos; especialmente en el duo de tenor y tiple, en el cual nada dejaron que desear tanto él como la señora Brambilla. Esta cantante, que no nos satisfizo en la *Hija del Regimiento* á causa de los escesivos adornos con que cargó su canto, nos ha llenado por completo en la nueva partitura, en donde con justo motivo ha

recibido muy repetidos y numerosos aplausos. También el señor Patriosi desempeñó bastante bien su papel, aun cuando siempre es de sentir que su no muy distinguida acción y su género de canto, destruya algo el efecto de su hermosa voz. Le rogamos amistosamente que procure hacer olvidar que ha sido maestro de capilla, y sepa sacar mejor partido de su voz y de sus buenos conocimientos músicos. Las demás partes hicieron cuanto les fué dable por llenar su papel; y en honor de la verdad no dejaron de complacer al público. Concluida la ópera fueron llamados á la escena los cantantes que recibieron nuevos y repetidos aplausos. No ha podido, pues, ser mas feliz el éxito de la *Maria Padilla*. Felicitamos á la empresa por la buena elección que ha hecho y por el buen resultado obtenido.

No podemos menos de tributar igualmente nuestro mas sincero parabien al apreciable y estudioso gaditano don Francisco Gomez, maestro director de la compañía.

En el vestuario de la *Maria Padilla* hay cosas graciosísimas. En el primer acto salen los cantantes vestidos como en el tiempo de Felipe IV. En el segundo segun andaban los cortesanos del rey don Juan el Segundo; y en el tercero, segun se vestian Garcilaso de la Vega y el emperador Carlos Quinto.

Como se puede inferir, esto es una enciclopedia de ropajes. Aquí se ven confundidos los del siglo décimoquinto con los del décimosesto y decimosétimo. La desdicha es que don Pedro I de Castilla existió en el décimocuarto. Por lo demás, quizá los caballeros cortesanos de este monarca fuesen pro-

fetas, y por tanto acostumbrasen vestir á la usanza de los siglos venideros.

Lo que hay que agradecer es que la ópera no tenga dos actos mas, porque si no, los cantantes saldrían á la escena con ropas de los siglos diez y ocho y diez y nueve; y si ahora van muy horondos con sus truzas y greguescos en tiempos de don Pedro el Cruel ó Justiciero, entonces no nos admirarian menos con sus casacas y pelucas y con sus fraques y levitas.

Hartos estábamos de las muchas maldades que han colgado al rey don Pedro.

El buen rey D. Pedro que el mundo reprueba, por selle enemigo quien hizo su historia.

Pero ninguna de las hazañas crueles atribuidas á este monarca, es tan graciosa como la que le regala el autor del libreto de la *Maria Padilla*. El padre de esta lo llama ni mas ni menos que *vil é infame* delante de la corte: cosa que no es de estrañar hoy, cuando lo ha hecho un acreditado periódico de Madrid con una notabilidad política y literaria. El rey no sabiendo qué hacer en vista de tamaño desaguisado, ordena que al viejo Padilla le den una mano de azotes. Dice el refran que el loco por la pena es cuerdo; pero en esta ópera sucede al revés. *El cuerdo por la pena es loco*, pues despues de la azotaina pierde el juicio.

CADIZ: 1849.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA, calle de la Aduana, número 20.